

suelo o en los muretes del pasamano de la plaza de Palacio. Lo más habitual era ir sin silla, porque los ambulantes del cinematógrafo, a mitad de la cinta, iban pasando entre los espectadores con el platillo en la mano para recabar la voluntad de la audiencia; que voluntad había mucha, pero dinero muy poco. Y acudiendo sin silla era más fácil el movimiento; el irse deslizando hacía el lugar por el que el del platillo ya había pasado. Y continuar visionando aquellas películas en blanco y negro a la cálida luz de las estrellas, sin la vergüenza de no haber contribuido al mantenimiento de quienes la trajeron.

La primera película, en color y local cerrado que Atienza vio fue en los últimos días del invierno de 1968, cuando los mozos del pueblo se organizaron, prepararon el local del baile de Manolo Roldán, junto a la iglesia de la Trinidad, y se lanzaron a la aventura de proyectar cada domingo por la tarde una película. El día del estreno, desde luego, no empezó con buen pie para la afición. A pesar de que se vendieron todas las entradas, y aun hubo gente que se quedó de pie, porque no había bancos suficientes, el salón estaba cubierto con los viejos bancos desechados de las iglesias, y en el ambigü, al que no se dejaba pasar a los chiquillos, se agotaron las existencias de refrescos, patatas fritas y pipas de girasol. Con el fruto de lo vendido, y de las entradas, a cinco pesetas por sesión, se pagaba el alquiler de la película y los gastos correspondientes al local, y añadidos.

Agotó las existencias, e incluso la paciencia de los espectadores, porque pasada la hora del comienzo de la función, el coche correo de los Pascuales, que hacía el recorrido de Sigüenza a Miedes con parada en Atienza, se averió más allá de Cercadillo. Se supo cuando los mozos, ante la tardanza, buscaron un coche y le salieron al encuentro.

La película, que debía de haber comenzado a eso de las cinco, se proyectó con la noche echada, a eso de las ocho o las nueve, y aquel día inconcreto de la década de 1960 la mayoría de los chiquillos de Atienza, de los nacidos iniciada la mitad del siglo XX, vieron desfilar por la pantalla las figuras de los sevillanos y las sevillanas, los *simpecaos*, las mulas campanilleras, los bueyes elegantes, y a la Virgen del Rocío saliendo en procesión, que a ella se dedicaba la película: "*Camino del Rocío*", por título; en donde Carmen Sevilla gorgojeaba sevillanas a su amor, Fran-